

Hola —esta es la parte peliaguda, como él dijo una vez. La despedida es el paraíso en comparación.

—Le gusta citar a Colbert: la cuestión principal es Cómo Nos Conocimos, y él lo dice de una manera que es como si oyeras esas mayúsculas—

—En realidad, lo que él dice es—

—Pero ese es justo el talento de Lincoln; en cierto modo es como si brillara. Te da la mano, y al mero roce de las puntas de los dedos sois amigos de toda la vida.

—Qué monstruo. O sea, ¿os acordáis de aquella vez en Arun's cuando sacó a Angie Tessler del pozo de lágrimas por haber cortado una relación?

—Sí, ¿o cuando, en la fiesta en el KGB, cuando Carl Kitherson se puso a contarle cómo consiguió que su socio le comprara su parte del concesionario Porsche, tres semanas antes de que plantaran el aviso de desahucio en la puerta?

—O cuando—

—*¡O cuando el tío—!*

—A mí me gusta rememorar la noche que Lincoln se pasó por la fiesta que Hildy Waterson le organizó a Peter Hurler. En el Wish You Would de Hyde Park, en la sala de abajo, claro. Estaba la flor y nata, en todo su lustre y esplendor, barra libre más champán francés Bollinger circulando en bandejas sobre guantes mullidos. Gente acurrucada en los sofás, pero mayormente charlando de negocios, sentada en el suelo, en plan chic. La luz púrpura y parpadeante, una chica con extensiones salpicadas de espigas...

Peter cumplía 26, y a Hildy le dio por lo temático: pidió a todos que aparecieran vestidos, o con alguna prenda, o algo que hiciera alusión —ya conocéis a Hildy— a 1975, año en que nació nuestro Peter. Nada de regalos, por favor, pero aun así: Caesar Stalling se presentó como Barry Lyndon, Sharon Yields iba de «Squeaky» Fromme, con bandana roja y todo, y Thornton Davis encontró un par de sandalias color tierra milagrosamente impecables. Y el que se llamaba Rand no sé qué, el tipo que llevó a Cynthia Mills a Belice, ah, iba elegantísimo de Pol Pot. Canciones de Ronstadt a mansalva («You're No Good», «When Will I Be Loved», «Heat Wave»), pero también cosas sueltas de Shining Star y Wildfire y *Fama*. Ya sabéis, de cuando la cosa iba de *respirar*...

Y, bueno, hacia las nueve aquello empezó a tomar cuerpo: llegué a ver cuatro intercambios de números de teléfono, camareros limpiando una segunda copa derramada, el DJ definitivamente había subido el tono, el calor hacía acto de presencia y Peter, para entonces, se había convertido en superficie de prueba de lápiz de labios. Una imagen perfecta para Peter: su sonrisa rodeada por un espectro de color...

En un momento dado, una chica con una cascada de perlas estaba cantándole una antigua canción insinuante y melosa a Peter —enroscándose, comiéndoselo con la mirada, canturreando que si cuida tu corazón y mira por tu alma— y Peter ya en fase de abrazos, cuando veo que se abre un hueco en el centro de la pista.

Nada dramático, sólo gente que se aparta un poco, un punto negro que se amplía, cambios de matices, y entonces Lincoln, recién llegado a la que probablemente fuera su tercera fiesta de la noche —qué digo tercera: ¡la quinta!—, entró en el hueco, con un tres piezas beige crudo de Brooks Brothers. De hecho, no le reconocí hasta que le vi las manos, pues llevaba lo que enseguida reconocí como una máscara, una máscara hecha con una bola de discoteca que le cubría la cabeza por completo. Una simple esfera centelleante bajada del cielo de los 70, colocada encima de los hombros. Y la cosa, o el hombre, descendió entre nosotros como una rociada de purpurina en el cielo nocturno. Mo-

tas de luz revolotearon por la sala, iluminando ropas, posándose en rostros, sobre superficies verticales...

Sí, aquello fue una rara renuncia a la sutileza natural de Lincoln, vestirse de pariente geodésico de los Replacements, y sólo cabe asumir que la idea fue de Auran. Peter, todo sonrisas, hizo el número de ponerse unas gafas de sol antes de abrazarle. El tal Rand simuló dar arcadas mientras se acercaba a Lincoln con un Martini, e hizo además de vertérselo por uno de los huecos para los ojos antes de bebérselo él mismo de un trago. Así hasta que Lincoln dejó la pista. Aunque lo lincolnesco no quedó ahí: desde donde yo estaba, y presumiblemente también desde donde los demás, los reflejos que despedía la esfera de Lincoln, cada faceta, hacían que los ojos de la gente, los ojos de quienes le miraban o recibían alguna refracción, relucieran, pero en rojo, un rojo manzana brillante, como en una fotografía mal tomada, antes de que el Photoshop solucionara el problema. Y fue agradable, sabéis, ver aquello por toda la sala, aquel bosque reflejado de carbones relucientes. Algunos lo notaron y se volvieron; otros los notaron y les dio igual. A mí sólo me pareció que molaba.

—Sabéis, Lincoln es cliente mío, sí. Un cliente habitual de Russell's, aquí mismo, en Armitage Avenue. Desde hace meses. Cada vez que se muda de apartamento, me llama sin falta para que le ponga las flores. Llevo con él desde que estaba en Woodlawn Avenue, y luego en Huron, y ahora en el ático de North State. Como os lo cuento. Dice que aprecia mi calidad. Lo repite constantemente...

Y el tío tiene gusto, lo que yo os diga. Al colega no le basta con peonías y rosas. Él quiere que la casa sea acogedora. Me hace llevar cineraria para el arreglo del salón, y centros de malvarrosas, uno para cada mesa, y adornos de jacintos, ¡adornos de jacintos!

Buen gusto, gusto del Viejo Mundo, ese muchacho está mejor criado que, o bueno, tan bien como las flores que le llevamos. Y siempre da propina a los repartidores, no falla. Mi gente no ve el momento de ir, como os lo digo. Y no hay viernes que le hagan la entrega de la semana y Lincoln no les pida que dejen las flores antiguas en una residencia

de ancianos. Es un esfuerzo extra, pero lo hacemos, las adecentamos y se las llevamos a los vejetes. ¿Cómo voy a negarme? El señor Selwyn dice que mis flores también merecen una jubilación como es debido...

En una ocasión dijo (vale, se lo pedí) que podía usar su nombre como publicidad, ya sabéis, dejarlo caer cuando yo crea que puede venir bien. Y funcionó, lo que yo os diga, así llegué a prestarle el mismo servicio a Peter Hurler. Eso es lo que ha convertido mi establecimiento en la primera floristería de Chicago, sin duda. Russell's, justo aquí, en Armitage. *La floristería de Chicago*, como os lo cuento.

—Elegancia tiene, eso seguro, lo que podría decirse—

—Tiene sensibilidad; presta atención.

—Tiene como muy pronunciado ese sentido de lo que Bergson llamó *espacio presencial*.

—¡El muchacho sabe comportarse!

—Y todos los restaurantes y los clubs y... ¡Es nuestro guía gastronómico!

—Es como si comprendiera instintivamente alguna ley de participación—

—Podría ser que su aceptación aquí, o sea, *podría ser que...* Joder, esto de lo políticamente correcto nos ha jodido el idiolecto. O sea, el tío es europeo, del *norte* de Europa, y, o sea, *Chicago*—

—Quiero decir, vale, Jordan, y vale, Jesse, y vale, Oprah, pero antes de ellos, antes de todo eso, en el 42 Fermi inauguró el átomo, en el 53 Hef abrió su proyecto editorial, en el 55 Ray K. lanzó la primera franquicia Mc-Donnie en Des Plaines: ¡esos tíos lo fundaron *todo*!

—¡Grandes pasos! Se acabó ser la cloaca del mundo, o la tempestuosa, robusta, vocinglera de Sandburg—

—¡Adiós a la ciudad golfa!

—O sea, alguien dijo que sólo en Hollywood se lucha por ser *segundo*.

—Sin esperarlo, sin preverlo, en un sentido hemos sido testigos de una recuperación. Quienes conocen a Lincoln sienten un ramalazo, el eco de una experiencia conocida por todos, que aún retumba en la médula, la experiencia del inmigrante—

—Lo inesperado, vía Lincoln Selwyn: de espaldas bastas a manos perfectas.

—¡Volved a encender la Ciudad Blanca!

—¡La Ciudad del Hombre!

—¡Somos la Número Uno—!

—¡La Número Uno—!

—¡La Número—!

—¡De capital del cerdo a patria de la tapenade!

—Y eso demuestra que todo lo que se dice de Chicago es pura filfa—

—Más ínfulas para la Ciudad de los Aires.

—Sí, ahí hay elegancia. El hombre viene de muy buena familia.

—Es de Holanda. Sus padres son neerlandeses—

—Sus padres son británicos, aunque él creció en los Países Bajos.

—Una vez dejó caer que su padre descendía de una casta de granjeros de Suffolk, buena gente anglicana de cerca de Widdington y Lavenham que pagaban sus impuestos, se mofaban de la ostentación, se enorgullecían de que les apretasen los zapatos y hacían excursiones dominicales a las ciudades perdidas de Dunwich y Thorpeness, desaparecidas bajo siglos de aluvión del Mar del Norte. Según él, su padre, Robinson, era bueno en un juego local llamado *wingbill*, consistente en meter pelotas de cuero entre estacas rayadas.

Sin embargo, con el tiempo Robinson mostró habilidades en ingeniería y fue a Cambridge con una beca Hayes. Al Pembroke College, creo...

Para entonces Robinson había crecido y era un joven bastante jovial, conocido por su pronta sonrisa y presta lisonja. Tras pasar unas vacaciones de verano en Canadá, en Banff, donde puso fin a su interés en la viola, si bien su interpretación del concierto de Walton arrancaba reverencias que hacían temblar las partituras y particellas, Robinson regresó a Cambridge y tuvo la revelación que le permitió dar un salto de gigante sobre el trabajo de Bentley en el campo del desplazamiento elástico, en concreto en las lateralizaciones cavanianas en masas contiguas. Esto condujo,

poco después de graduarse, a un empleo con Kantor en Portsmouth, y con el tiempo a una oferta de Shell y a lo que en una ocasión describió, bajando la mirada, como un salario irresistible, lo cual llevó a la familia a Den Helder, Países Bajos. En Shell trabajó, principalmente, diseñando estructuras subacuáticas de apoyo para plataformas petrolíferas.

—Lincoln me contó que su madre, Sarah, era un poco más mayor, un poco más pudiente. Era de St. Ives, y venía de un clan de *chuparrascas*, que según Lincoln era un término local para gente que vive de las rentas. Sarah estudió francés y pedagogía en Cambridge —quería ser maestra— pero se pasaba las tardes tejiendo colchas, y se le daba bastante bien. Sus trabajos, inspirados en la obra de Herman Deen, eran muy intrincados y complejos, con costuras y texturas entrelazadas que formaban diseños abstractos pero expresivos. Solía regalar las colchas a un hospital cercano. Al principio el hospital las usaba para abrigar a los pacientes, pero luego los empleados empezaron a colgarlas en las paredes de la sala de día, de buenas que eran. Según un jefe de residentes ayudaban a que la gente se recuperase.

—Robinson y Sarah se conocieron en Cambridge, sin ser presentados por amigos comunes, como dice Lincoln. Fue en abril de 1962. Una noche, un amigo reclutó a Robinson para que le acompañara a un pub donde —*ñaca-ñaca*— aquél tenía una cita a ciegas. Como hablamos de gente de campo tímida de la era pre-Beatles, cuando se celebraba una cita a ciegas las partes concertantes necesitaban apoyo moral, siquiera para facilitar la entrada y, de paso, dar ánimos si el asunto se venía abajo. Así que Robinson entró con el cortado de su amigo en el pub, lo entonó con una copa y, avistado el vestido amarillo, le propinó el empujón. Tras lo cual, como si fuera lo acordado, Robinson dio media vuelta y se sentó ante la barra. Y allí se quedó, esperando no recibir un toque en el hombro a los pocos minutos...

Pasado como un cuarto de hora —un cuarto de hora de gimoteante impaciencia—, Robinson no pudo resistirse a girarse. Así que empezó —despacio, lentamente— a dar la vuelta. Y mientras lo hacía vio, justo a su lado, a una chica

rubia en idéntica posición, sentada ante la barra con la mirada puesta resueltamente en un punto alejado del centro del pub. Resultó que la chica también estaba de comparsa de una amiga en una cita a ciegas, que dicha cita a ciegas no era la del amigo de Robinson, y que la chica era Sarah. Todo ello se supo enseguida. Rieron como locos. Llamaron a la ocasión cita de lazarillos.

—Pero Lincoln... *Lincoln* la llamó un experimento de doble ciego—

—La única manera de lograr resultados fiables, dijo—

—Siempre con una respuesta ingeniosa a punto.

—Tiene confianza, está claro, una seguridad inevitable.

—Sí, nuestro joven está sobradamente dotado de amor propio—

—¡El tío sabe lo que hace!

—A mí siempre me ha parecido que va tan seguro porque no posee acciones. Me dijo que lo suyo son los derivados. En serio, esto no es del todo en broma. Apareció en el preciso instante en que todos los demás se desinflan con el Nasdaq.

—Llegó justo después de que los 90 alcanzaran la clase de conclusión que señala el fin de toda buena comedia: un desenlace a la vez sorprendente e inevitable—

—Es inmune al pesimismo, y eso *es* de agradecer. Todos nos creíamos diferentes, capaces de burlar el castigo. Él *lo era*.

—Ah, sí: ¿cuál es la frase más triste de Wall Street?: esta vez es diferente.

—La cosa tuvo su mala leche.

—Las tecnológicas dejaron de molar, eran el futuro que se había convertido en el pasado, no paraban de meter y estirar la pata a diestra y siniestra—

—En West Ontario las boutiques cerraban a puñados, los letreros de Se Vende ondeaban como banderas de rendición por todo North Halsted—

—A la gente dejó de interesarle de qué región de Tailandia venía su cena—

—Fue, ¡fue como si Wall Street nos bombardeara y nos devolviera a la Era Industrial!

- Polvo eras y en polvo te convertirás—
 —Un asco.
 —Un asco *de cojones*.
 —Lo de Arthur Anderson y toda esa mierda—
 —Lo del baranda de Enron y *todo* aquel follón—
 —Y ahora tenemos China—
 —Y ahora dicen que *India*—
 —Y por tanto *esperan* que trabajes mucho más de la cuenta.
 —Porque si no—
 —*Sí no*—
 —¡Y tampoco esperes cobrarlo—!
 —Y, a ver, ¿seguro médico...? Venga ya—
 —¡Las cosas avanzan hacia el pasado!
 —¿Dónde estás, Charlie Dickens?
 —Y ahora Lincoln—
 —Él—
 —Sabéis, el tipo—
 —Esto no es así desde—
 —Es como en los años de la burbuja—
 —¡Los años del boom!
 —Aquellos años de auténtico boom, a finales de los 90—
 —¿Os acordáis—?
 —A ver, Lincoln llegó aquí pocos meses antes de lo de Florida—
 —Antes de que el milagro de nuestro sistema, nuestro gran sistema de recuento electoral y—
 —Resultara en el golpe de las papeletas—
 —En un momento difícil, prevaleció la legalidad—
 —¡La venerable democracia se impuso!
 —En una perversión de la justicia y la política electoral—
 —Donde el mejor, sin duda el mejor—
 —Enarboló la promesa de una plutocracia respetable como antídoto contra la debilidad moral.
 —Sí, yo me alegré de ver que aquel bueno y valiente y centrado—
 —Aquel tipo optimista y de rectitud intachable se convertía—

—En un presidente títere manejado por billeteras—
 —¡Que por fin, por *fin* traía consigo disciplina fiscal!
 —Sí, aquel buen hombre, de intensa convicción cristina
 —humilde, moderado, responsable—, dio luz verde y bautizó a toda su nación, durante generaciones, con tinta roja.

—Fue gratificante; fue reconfortante. Lo que otro país en semejantes circunstancias habría resuelto mediante un proceso pacífico y ordenado—

—Cuyo resultado fue presentado desde el principio por el Partido Republicano como un hecho consumado. Esa era su estrategia: en cuanto surgía el conflicto, hacían como si la cuestión ya estuviera resuelta, como si el resultado estuviera decidido, fuera inevitable, y la cosa ya estuviera *zanjada*—

—¡Un proceso que llegó al Tribunal Supremo!

—Y qué momento más hermoso, cuando emitieron el dictamen, cuando el tribunal deliberó y decidió y santificó su verdad para siempre.

—Y era cierto lo que decían: cada voto contaba—

—Sí, ya sabéis, no le deis más vueltas—

—Lincoln no prestó mucha atención al asunto de las elecciones. No es que no le importara... Bueno, igual no. Cuando su familia se trasladó a Holanda, me contó, nunca escuchaba una palabra sobre política y el Día de la Reina siempre se quedaba en casa; pasaba de participar en los desfiles y las procesiones de barcas y los mercadillos callejeros. Una vez dijo que nunca llegó a aterrizar del todo en su nueva patria holandesa. Sus padres continuaron hablando en inglés, en la casa no se utilizaba otro idioma, y él hizo la primaria y la secundaria en escuelas de habla inglesa. De hecho, solía decir que la BBC era su hogar. Una frase que le encaja a la perfección.

—Según él no fue infeliz allí. Pero su estancia estuvo marcada por rachas alternas de obstinación y dejadez. Tras unas semanas en un hotel de Sloterdijk, los tres Selwyn se mudaron a un apartamento bastante grande —para Ámsterdam— de dos dormitorios, repartido en tres plantas en el número 37 de Lauriergracht. Un canal arbolado, a escasa distancia a pie de Leidseplein, más lejos de Centraal Sta-

tion. Pero cómodo y amplio, generosamente elegido por Shell para un empleado distinguido. En la primera planta había un porche que daba al frondoso jardín trasero, donde la familia se sentaba a beber té azul o a jugar a la canasta, algo que podía tenerlos entretenidos durante horas.

—Como no hablaba holandés —bueno, aparte de imprescindibles como *Prima!* y *Jan Lul* y *Kut!*, y rarezas como *waar*, que significa *donde* y *cierto*—, Lincoln no ponía la radio ni la televisión holandesas. De hecho, dijo que llegó a desconfiar de los medios holandeses: le parecía que hablaban en más de un idioma que no era el suyo. Así que se divertía haciendo pintadas y jugando al fútbol en el Amstelveldt, o visitando el medio zoo escondido del final del Vondelpark: un enclave vallado, descuidado, de césped desaliñado donde descargaban un arca despereja de animales —gallos, bisontes, incluso llamas— que a las pocas semanas eran retirados sin previo aviso. Dijo que acababa de ponerle nombre a un potro, y a reconocer sus marcas, cuando el jaco desaparecía sin dejar rastro...

Llegado su primer diciembre en Ámsterdam, Lincoln había aprendido a patinar, afición que se convertiría enseguida en su principal impulso anímico. Hasta cuatro tardes a la semana, iba a una pista cavernosa instalada en una piscina municipal reconvertida a un paso del Museumplein, se colocaba los tiesos patines Bally y empezaba a dar vueltas, por lo general al son de vals de Lehár. No paraba hasta dieciocho minutos antes de la cena familiar, a las 6:30, exprimiendo cada instante, enamorado de la resuelta y vertiginosa velocidad que adquiría al reducir la resistencia a la mínima expresión. ¡Y los beneficios añadidos!: el aire sibilante que le helaba los labios, la intensa sensación de intemporalidad, la fina rociada de nieve al efectuar giros o cambiar de dirección...

Pero donde mejor se lo pasó en Holanda fue en el Elfstedentocht, una maratón de patinaje sobre hielo a mediados de invierno que recorría 200 kilómetros de Frisia, en el norte del país. Arrancaba en Leeuwarden, atravesaba canales y ríos y lagos congelados, pasaba ante centenares de miles de espectadores rezumantes de vapor en Sneek y Sta-

voren y Hindeloopen y Dokkum y otras aldeas frisonas, antes de volver a Leeuwarden. Aquello era, según contó, una pasada: Lincoln y sus padres, arrebujados en gorros de lana y sonriendo sin parar, se metían en el coche e iban de localidad en localidad, captando atisbos borrosos. Participaban hasta 17.000 patinadores, ráfagas que pasaban raudas por puestos de control para que les sellaran los pases, ¡en cada ciudad! ¡Y a mano! Y por el camino: bandas de música y coros entonados por miles de voces y médicos congelados preparados para tratar dedos —y cosas peores—, puestos a prueba por los implacables veinte bajo cero...

Los patinadores más fuertes lo despachaban en unas siete u ocho horas, aunque el evento no ofrecía ningún premio —aparte de encontrar los zapatos de uno entre la montaña de 34.000 al terminar— y mucha gente lo hacía por hacerlo, no por competir. Siempre había sido así: la carrera tenía sus orígenes, según supo Lincoln, en una antediluviana tradición local sobre el viaje. Comenzó a llevarse registro de la misma en la década de 1890, y la primera Elfstedentocht oficial se corrió en 1909, edición que ganó la hija del mayor fabricante de patines del país. Lincoln disfrutó de la emoción de la carrera durante los dos primeros febreros que pasó en los Países Bajos; ¡salve, van Benthem, eterno vencedor! Y luego se acabó. La carrera desapareció. La recompensa invernal se esfumó. Se terminaron las excursiones al norte. El coche dejó de rugir. El gobierno regional dijo que el hielo no era lo bastante grueso. Alguien había decidido que, por motivos de seguridad, el firme debía mantener un espesor mínimo de quince centímetros en todo el trayecto, y año tras año la condición no se cumplía. Algunos intentaron rellenar los agujeros en el hielo, otros hasta llevaron a cabo lo que denominaron trasplantes de hielo. Y mientras toda una región esperaba buenas noticias semana tras semana, invierno tras invierno, Lincoln entrenaba a solas en una pista cubierta de Ámsterdam.

—Lincoln dice que los holandeses no suelen quejarse.

—Sí, o sea, Lincoln... él dice que le gusta, que hay algo en el holandés que aprecia bastante —ya sabéis que habla

con libertad de estas cosas, de su pasado, es algo nostálgico, como si lo viviera todo de nuevo, por primera vez—, y una cosa que al parecer le gusta es la franqueza holandesa, que no se dediquen a marear la perdiz. Como cuando dice que si quería pedirle salir a una chica, cuando conocía a una en una cola o en una barra o algo, y le pedía salir, lo suavizaba con el habitual pegote de tomar una copa o escuchar un disco o ver una película, le daba vueltas y tragaba saliva y se armaba de valor para lanzar la pregunta, y la chica se limitaba a largar:

«No.»

¡Y ya está! ¡Te mandaban a la porra tal cual! ¡Con una jodida —o sin jodienda— palabra! Nada de exquisiteces tipo Pues me gustaría pero o Gracias por pedirlo *pero* o Tengo novio, sino un directo Vete a paseo y punto. Y Lincoln, o sea, él dice que eso le encantaba. Dice que en Holanda prefería los rechazos a las aceptaciones.

—Tuvo amigos en Ámsterdam, desde luego. El mejor, dice, fue un chaval llamado Klaas, que vivía a la vuelta de la esquina —la esquina del *canal*— con su familia. Klaas era muy rubio y le gustaba dar puñetazos, pero hablaba inglés —su padre se dedicaba a ventas internacionales— y los dos pasaban la mayoría del tiempo jugando al fútbol u hojeando revistas de cochazos americanos de Klaas, que adoraba los cochazos americanos. Tenía las paredes de su cuarto llenas de pósters.

—Lincoln y Klaas iban algunos domingos por la tarde a conciertos en la concha acústica del Vondelpark, pero un día Klaas apareció con un par de entradas para un partido de fútbol, y me refiero a fútbol *holandés*: balompié. Lincoln dijo que las entradas eran de un amigo del padre de Klaas, pero ese domingo ni el amigo ni el padre podían ir. Así que Klaas y Lincoln, que andaban por los 13 o 14, fueron en la bici de Klaas hasta el estadio De Meer, donde les tocaron un par de asientos bastante buenos: en el tercio inferior de la grada, en la zona de medio campo. Hacía un día de viento, era noviembre, el campo estaba abarrotado y el partido fue bastante intenso: el Feyenoord de Rotterdam jugaba contra el Ajax. En fin, os lo podéis imaginar: ova-

ciones y pitadas y brincos y cervezas derramadas por todo el estadio.

—Y Lincoln está allí sentado viendo el partido, dijo, dando mordiscos a algo frito cilíndrico y crujiente con queso que había pillado del proveedor local de cosas fritas cilíndricas y crujientes con queso —al parecer es algo que se lleva en Holanda— y la gente va metiéndose en el juego, dando voces y tal, y hablando y saltando, y entonces, recién comenzado el segundo tiempo, Lincoln advierte algo que no había advertido antes: está *siseando* cuando un equipo lleva el balón—

—Y dijo que cayó en que llevaba haciéndolo desde mediado el primer tiempo. Cuando el Ajax tenía la posesión, siseaba. Y entonces se dio cuenta de que no era el único, sino que prácticamente toda la grada se ponía sisear como si expulsara gas en cuanto el Ajax llevaba el balón. En fin, aquello era raro de narices, que todo el mundo hiciera eso por sistema, automáticamente, cada vez que los jugadores iban en una dirección concreta. La cosa se convirtió en una especie de broma generalizada, una tontería relajante, y Lincoln empezó a desear que se repitiera. Y se repitió, en cada ocasión—

—Finalmente, tras unos minutos del segundo tiempo, dijo, durante un siseo global que se mantuvo durante una carrera de 60 metros, Lincoln llegó al límite de su capacidad pulmonar. De modo que lo dejó y, mientras Klaas adelantaba el cuerpo soltando aire, Lincoln le dio un toque en el hombro de la parka azul. Klaas se volvió y sonrió, y Lincoln le preguntó por fin qué narices pasaba—

—Y Klaas, tras el siseo de 60 metros, y después de terminarse una barrita de chocolate de los Tres Mosqueteros, se acercó y contó a Lincoln que el Ajax era propiedad de un judío. Dicho lo cual sonrió. En fin, Lincoln por supuesto le dio vueltas al detalle, y luego preguntó qué tenía *eso* que ver con nada...

Klaas volvió a sonreír. Un pequeño recuerdo de Buchenwald, dijo...

Lincoln le miró completamente perdido...

Allí era un sonido familiar, hombre...

Y Klaas sonrió de nuevo, dijo Lincoln, y volvió la atención al partido.

El marcador estaba reñido.

—Lincoln se quedó a cuadros. Sintió vergüenza, dijo, y dejó de prestar atención al partido. Y se puso a pensar en plan *Qué y Pero qué y Cómo es que y Pero cómo y Qué clase de gente*—

—Y se preguntó si aquello sería parte de la sinceridad holandesa... Parte de lo que le *gustaba* de ellos... Lincoln no era judío, sino anglicano de pura cepa, pero *qué narices*... Dijo que parecía salirles tan fácil —Klaas hizo aquel comentario sin reservas—, que lo hacían como si nada, sin recibir ni un solo siseo en contra. Aquella gente, con sus directas maneras holandesas, hacía que tal monstruosidad pareciera completamente normal...

Así que Lincoln fue directo también. Se volvió hacia Klaas. Eh: esta gente, ¿cómo pueden hacer eso...? Klaas: Venga ya. Es sólo una broma. Lincoln le miró fijamente. Klaas: *Venga*, hombre. O sea, ¿qué quieres? Es lo que piensan. Y este es el único momento en que pueden soltarlo, hacer lo que les apetezca, decir lo que en realidad opinan...

En fin, fue una respuesta, y directa. Pero Lincoln estaba molesto. Él había preguntado por aquella *gente*.

—Cuando terminó por volver la atención al campo, el partido era completamente distinto. Mismos jugadores, mismas porterías, diferente partido. Así que cuando el Ajax volvió a tener la posesión, y siguió el sonido sibilante —en cada ocasión, como si le dieran a un interruptor—, Lincoln también se puso a sisear. Pero ahora, dijo, usaba su aliento *contra* los siseadores. Siseaba *contra ellos*, con la cobertura de los siseos de ellos.

—Dijo que estuvo un rato haciéndolo, con todas sus fuerzas, levantándose incluso del asiento para añadir pasión torácica a su protesta. Y se preguntó si alguien entendía que ahora los destinatarios del sucio sonido eran ellos—

—Pero enseguida paró. Se obligó a parar, dijo, porque nadie se volvía, nadie se había dado cuenta de que ahora los humillados eran *ellos*. Y finalmente comprendió que lo único que hacía era añadir volumen al siseo general.

—Del resto del partido, en fin, Lincoln dijo que los últimos treinta minutos fueron más largos que los anteriores.

—El problema se convirtió entonces en cómo volver a casa. El estadio estaba lejos del centro, y la bicicleta era de Klaas, y Lincoln no quería montarse con él. Dijo que le repugnaba, que le daba asco. Pero estaba oscureciendo y, mientras ambos recorrían el aparcamiento hasta la valla donde habían encadenado la bici, Lincoln rastreó la concurrencia en busca de un rostro conocido —del colegio, de donde fuera— que pudiera llevarle. O alguien con padres que tuvieran coche...

Pero no encontró a nadie. Entre los miles de personas. Y se estaba levantando frío. Y el trayecto era excesivo para hacerlo andando. No llegaría a tiempo para la cena del domingo, una fijación de su padre...

Además, dijo, no quería dirigirse a nadie en su mal holandés...

Se montó en la bici. Se bajó en casa. En el camino de regreso no abrió la boca, ni una palabra...

Cuando llegó a casa, se metió en su cuarto, se quitó una zapatilla, la derecha, y pateó con fuerza, dos veces, la esquina de su cama. Se sentó y, con una punzada de dolor en la planta del pie y los dos dedos medios, se quitó el abrigo y la otra zapatilla. Entonces cogió impulso con el pie izquierdo y—

—Lincoln continuó viendo a Klaas por el barrio, pero tras no devolverle una segunda llamada de teléfono las cosas se enfriaron. Klaas no se pasó a preguntar el porqué, y Lincoln agradeció no tener que responderle. Optó por evitar la calle de Klaas, y se limitaba a saludar con la cabeza cuando la estrategia demostraba sus inevitables defectos...

Así siguieron las cosas hasta que Lincoln se marchó a la Universidad de Groningen, en el norte del país. Para entonces Lincoln quería alejarse un poco de Ámsterdam, y el Embry College de Groningen, de habla inglesa y hermanado con el Reed College de Oregón, parecía lo bastante lejos a la par que cercano. En esa época también había empezado a leer, llegando a considerar los libros como pasaportes: a Foucault, por su ferocidad historicista por redu-

cir la acción a reacción: a Schenkel, por su necesidad de proximidad al paraíso. También había picoteado alguna obra americana. Lincoln dijo que quería estudiar epistemología negativa personal; por ignorancia. Aún no había decidido qué carrera hacer.

—Pero tras un año de curso y tres semanas del segundo, volvió a Ámsterdam. Sencillamente se rindió y lo dejó, dijo. Ni siquiera esperó a recuperar el dinero de la matrícula. Les hizo eso a sus padres. A quienes no les hizo gracia la decisión. Y unas veces decía que había sido por una chica y otras que por un profesor o alguien a quien no tragaba. No quedó claro. Pero el caso es que quiso volverse.

—Regresó en un momento perfecto para la familia, y para sus padres, dijo. Shell continuaba mostrando su aprecio por el talento de Robinson, con aumentos cada dos por tres y entradas para el Carré Theatre. Cuando no se materializó un puesto en I+D que Robinson, en su fuero interno, creía tener en el bote, el hombre mostró la suficiente jovialidad natural para mantener la perspectiva. Todas sus demás gratificaciones estaban aseguradas. Y, por primera vez, la madre de Lincoln había aceptado una oferta de empleo.

Desde luego, no fue por necesidad económica; un día en el desayuno, sentada ante su muesli de frutos rojos y un café, dijo que le gustaría pasar algunos días por semana siendo más productiva. Le parecía que no estaba contribuyendo todo lo que podía. En resumidas cuentas, el Krasnapolsky Hotel la contrató como encargada de relaciones con los clientes.

Disfrutaba teniendo que arreglarse y comprando vestidos buenos, y el hotel estaba a un corto paseo de casa; en ocasiones, las altas responsabilidades del puesto conllevaban horas extra. Efectivamente, a la familia le iba de perlas en aquella época.

—De vuelta en Ámsterdam, Lincoln empezó con empleos esporádicos. Limpiando esto, trasladando aquello, ya sabéis de qué hablo. Trabajó en un sitio que alquilaba bicicletas restauradas, pintando barcas, lo que surgiera. Estuvo así unos años. Según él aquello le vino bien, experimentar ese aspecto un poco.

—Dijo que cambió la velocidad de la pista de patinaje por mantenerse a flote.

—Al volver de Groningen, a Lincoln le dio por otra cosa. Comenzó a pasar días, luego fines de semana, luego más, en Ruigoord, un pueblo enteramente okupa a media hora a dedo, o a veinte minutos en el bus 82 de Ámsterdam. Sin proponérselo mucho, la concepción original de Ruigoord —sus casas de madera y la iglesia con campanario, las avenidas arboladas y las hamacas en verano— había surgido en un polder ventoso de un siglo de antigüedad; llegada la década de 1950 se había convertido en una comunidad de 600 almas. Pero a comienzos de la expansión de los 60, la aldea se enfrentó a su fin por la autoridad portuaria de Ámsterdam. El puerto más grande del mundo, Rotterdam, estaba a quince kilómetros, pero Ámsterdam quería uno propio y acarició la idea de inundar Ruigoord para conseguirlo. Antes que de agua la zona se llenó de indignación y protestas, y tres décadas después la idea había sido arrinconada; pero en el ínterin el pueblo se vio atravesado por amplias autopistas, y los terrenos adyacentes se convirtieron en arena. Durante la espera de esos treinta años, sucedió lo inevitable: los habitantes salieron pitando, las casas fueron derribadas a hachazos, la localidad se convirtió en un limbo. Finalmente, en 1973, los últimos resistentes abandonaron Ruigoord y el pueblo quedó al cargo de sus auténticos nativos. El viejo guarda, por entonces de setenta años, asistió a la entrega de llaves de la iglesia, por parte del último sacerdote del pueblo, a dos artesanos de Ámsterdam, Hellinga y Plomp, con las palabras Aquí te néis. Y allí sería...

Enseguida, toda casa en pie fue ocupada por okupas, muchos en busca de espacio para talleres, muchos disfrutando de dicho espacio más sitio para una galería a pie de calle. No era más que una localidad diminuta —un campanario, una o dos calles, solares en la periferia y poco más—, pero Ruigoord se abrió camino en silencio, ganándose el afecto como último reducto sin supervisión de Holanda. Una tarde, una cafetería rodante se asentó en un solar y al poco contó con Lincoln como cliente. Siempre

que podía ir a Ruigoord, iba. Sin otro propósito, dijo, que ver a los melenudos sacar sus letreros escritos a mano y para ayudar, cuando le llamaban, algo que comenzó a ocurrir enseguida, a acarrear cosas y soldar. Casi cada noche que lo buscaba, alguien le dejaba un colchón, un sofá, un saco de dormir o un techo a puerta cerrada...

Cuando no estaba en Ruigoord, Lincoln llevaba el espíritu de Ruigoord por Ámsterdam. Se interesó en política okupa, y lavaba platos en De Peper, un restaurante okupa que ofrecía comidas veganas por cuatro perras; o menos, si no tenías las cuatro. Pasaba bastantes noches en el Bimhuis de Oude Schans, escuchando a improvisadores como Willem Breuker, Guus Janssen y Piep Knor, y una vez, importado de Amherst, América, a Archie Shepp; aunque, por encima de todo, adoraba a Han Bennink, el descacharrante batería que utilizaba el mundo como caja de resonancia, y que, para Lincoln, era prueba irrefutable de que vivir merece la pena, de que la vida es alegría. Y, en casa, escuchaba sin pausa las evoluciones de las primeras pistas de *The Art of the Improvisers*, de Ornette, y la presciente y espaciosa «Lock 'Em Up» de Mingus...

Estuvo dos temporadas trabajando, por unos florines, en una cafetería llamada Global Chillage, despachando pastelitos de marihuana y canutos preliados de cannabis White Widow y Silver Haze, el noventa por ciento de los cuales se vendían, en verano, a turistas españoles e italianos. Pero Lincoln dice que jamás entró en el mundo de las drogas; había dado unas pocas caladas, claro, algo inevitable en Ámsterdam, pero nada más, gracias. Aun así, tras quince minutos en la cafetería, el ambiente se volvía tan denso que era imposible no acabar despegando un poco...

Ante todo, Lincoln se interesó por los provos, el grupo informal de espíritus indómitos, ya reducidos por la historia, que, con sus cachondas insurrecciones, prefiguraron los movimientos estudiantiles de los 60 en París, Praga, Columbia, Berkeley, etc. Nacidos de las actuaciones callejeras —los originales *happenings*— de Robert Jasper Grootveld y de los panfletistas Roel van Duyn y Rob Stolk, los provos alteraban y atacaban y retaban, llamando

a los coches a salir de Ámsterdam y a los americanos a hacer lo propio de Indochina. Organizaban concentraciones antitabaco de toses en masa y se presentaron a la alcaldía con el lema Vota Provo por un Clima Más Probo. El grupo mojaba sus dardos en humor, y veía el rechazo como una afirmación:

«El provo ha de elegir entre la resistencia desesperada o la muerte apática», escribió van Duyn. «El provo sabe que acabará perdiendo, pero no puede dejar escapar esta última oportunidad. ¡Europa solitaria, ármate!»

Los provos, en suma, eran oposición, y a Lincoln eso le atraía poderosamente. Reunió varios folletos y revistas originales del movimiento y visitó las plazas Spui y Dam, donde había tenido lugar la acción. Hasta logró entrevistarse con Grootveld, que se encendía como un foco cuando le preguntaban por aquellos tiempos, y apenas se nubló cuando habló de su proyecto de entonces, crear arte paisajístico con desperdicios reciclados...

En todas estas situaciones la carencia de holandés práctico de Lincoln no era un impedimento. Pero en otros aspectos sí. La brecha podía volverse un obstáculo social, dijo, y le dejó sin amigos sustanciales, tanto en número como en solidez. Sin embargo no quería desenvolverse en otro idioma que no fuera el inglés. Esa fue su decisión.

—Entonces llegó Aelia. Y, sabéis, fue como *ostras*...

Era marroquí, sabéis, e iba con la cabeza envuelta en un pañuelo, ocultando un pelo negrísimo que cortaba el día. Y era rebelde y, según Lincoln, tenía una risa *pícaras*. Como si *supiera*...

Como si supiera. Pues Lincoln fue incapaz de averiguarlo. La pícaras Aelia no hablaba inglés.

—O no más que inglés de revista, inglés de anuncio, de top model y famoseo. Aunque eso no iba a detener a Lincoln...

Se conocieron la tarde de un jueves en el mercado de Ten Kate, en la Kinkerstraat, ambos estaban comprando pilas, y ambos alargaron la mano hacia el mismo paquete de tamaño AA, en un cesto de la acera, al mismo tiempo. Lincoln oyó la risa con el primer chispazo en la piel; y dijo

que era un sonido más alegre, cálido y exuberante que los improvisados que había oído en el Bimhuis. La risa fue seguida por una sonrisa de labios cerrados que parecía ensayada, pero Lincoln perdonó aquello como protocolo cultural, una defensa femenina ante el varón. Estaba dispuesto a otorgarle el beneficio de la duda...

Tenía que hacerlo. Porque cuando se armó de valor para hablar —las pilas cedieron con un ademán y una sonrisa, se instaló el silencio— entendió que tendría que hacer uso de su holandés. De su rudimentario, desordenado, aprendido sobre la marcha, casi inexistente holandés...

Lo intentó y se trabó varias veces. Pero desde las primeras palabras balbuceadas, se vieron confirmadas las sospechas más fundamentales. No tenía de qué preocuparse: su inexistente holandés le servía: ahí había algo. Parloteó inútilmente pero sin dificultad; ella rio y le siguió la corriente, luego le dio su número de teléfono, garrapateado en un pedazo de ticket de compra. Y Aelia se despidió con una visible sonrisa, desde luego menos ensayada...

Trabajaba de celadora en el hospital OLVG y acababa de matricularse en la escuela nocturna, donde recibía clases dos noches por semana. Aún vivía en casa, con cuatro hermanos nacidos en los Países Bajos, después de que sus padres emigraran de la región próxima a Rabat durante los polémicos años de plomo de los 60. Aquella chica hacía que el pecho le palpitara...

Se veían en bancos de madera de la plaza Spui, o paseaban por los enroscados senderos del Safarti Park, cerca de donde vivía ella. Tenía una piel lisa y dura del color de la mostaza, la boca curvada hacia abajo como una cimitarra, como en media sonrisa. Bajo el pañuelo llevaba ropa sencilla, holgada, recatada. Pero todo era una treta. A Aelia le encantaba pedir tabaco a tipos cogidos por sorpresa, y leía revistas con portadas que parecían anuncios de secadores. Enseguida empezó a llevar a Lincoln a veladas de música del Magreb en locales de la Marnixstraat, largas series de dura y agitada música popular basada en panderos que algunos seguidores llamaban Moroccan Roll. Y tendrías que haberla visto bailar...

Aquella chica era un demonio, no hay duda. Pero aun así: Lincoln no podía visitarla en casa. Y tras telefonarla por segunda vez, Aelia dijo que más le valía no hacerlo más: ya le llamaría ella. En su casa, Lincoln esperaba horas a que el aparato sonara, con la cabeza demasiado alborotada para leer.

—Y el caso es que cuando se veían, cuando estaban sentados juntos, era como que a veces él quería decirle más cosas a ella. Más de lo que era capaz. Porque en realidad seguía sin poder. Dijo que su holandés estaba llegando a su límite, al límite de *él*. Y aquello empezaba a fastidiarle de veras...

Me contó que desarrollaron un juego. Algo divertido que al mismo tiempo no lo era. Estaban donde fuera, en plan de paseando o sentados tomando un té —según me contó allí les gusta el té— y como que llegaban al final de lo que podían hablar, de modo que su novia sacaba una calculadora de bolsillo que llevaba encima y tecleaba unos números, los sumaba o lo que fuera. Y entonces se la tendía a él, y él como que terminaba la suma. Y entonces su novia sonreía, y él también, y así pasaban el rato. Al menos aquello era *algo* que podían hacer juntos, *algo* que al menos tenía sentido. O sea, eso es lo que me contó.

—De modo que terminó por decidirse a aprender holandés. Lincoln me dijo que le sorprendió lo mucho que se había resistido, incluso entonces. Pero ya no le quedaba elección. Hasta llegó a lamentar no haberlo hecho antes. Y se había apuntado a clases intensivas, siete horas al día, cinco días a la semana, en un sitio llamado la Handleblad School, cuando llegó una carta de su chica diciendo que no podía verle más.

—Y eso fue—

—*Aquello fue*—

—Era el padre de ella, dijo, que reafirmaba su derecho a controlar a la hija descarriada. Era el regreso de una mentalidad pre-medieval que, sin ninguna base, sin ningún fundamento, afirmaba saberlo y entenderlo todo. Y ello unido a la consabida franqueza holandesa. La apelación estaba descartada.